

LA LECTURA, ¿UN VALOR EN CRISIS?

Pedro C. Cerrillo, M^a Carmen Utanda y Santiago Yubero¹

Hoy, en el emblemático año 2000, uno de cada cuatro adultos es analfabeto: en total, cerca de 900 millones de personas en todo el mundo, aunque concentrados, en su mayor parte, en poco más de cien países.

Esas cifras se han alcanzado por diversas razones, entre ellas porque 125 millones de niños no van nunca a la escuela y otros 150 millones más la abandonan antes de aprender a leer y a escribir. El asunto se agrava si a todo ello le añadimos las respuestas a estas otras preguntas: ¿cuántos niños y niñas dejan de leer en el momento en que termina su periodo de enseñanza obligatoria? Y, por otro lado, ¿está suficientemente diferenciada la línea que separa la lectura como obligación de la lectura voluntaria?

Dice Daniel Pennac que el verbo *leer* no admite el imperativo; y, efectivamente, no sólo no lo admite, sino que su uso como tal mandato ha sido la causa de muchos rechazos viscerales hacia la lectura. Los hombres, todos los hombres, deberían leer con la naturalidad con que hablan y con la cotidianeidad con que se relacionan entre sí, porque leer es una parte más de la vida, mediante la que podemos ponernos en contacto con otros mundos, con otros sueños, con otros pensamientos, con otras ilusiones, con otras penas.

El mundo actual ofrece un abanico de posibilidades de ocio que compiten ventajosamente con la lectura: la televisión por encima de cualquier otra; y, junto a ella, el vídeo, el CD Rom o la pujante tecnología informática. Además, hoy, a las puertas del tercer milenio, las sociedades de todo el mundo infravaloran, y en ocasiones desprecian, los estudios y saberes humanísticos, sin saberlos compatibilizar con la defensa del moderno pragmatismo que ofrecen como bandera; en este contexto, no debe extrañarnos la marginal valoración social que se hace de la Literatura, de los textos escritos en general y, por ende, de la lectura.

¹ Pedro C. Cerrillo, Santiago Yubero y M^a Carmen Utanda son profesores de la Universidad de Castilla La Mancha y, respectivamente, Director, Subdirector y Secretaria del CEPLI (Centro de Estudios de Promoción de la Lectura y Literatura Infantil). Facultad de Educación y Humanidades. Cuenca (UCLM).

El conjunto del sistema educativo (desde la Educación Infantil hasta la Universidad), los vigentes planes de estudio y esa valoración que la sociedad hace de los saberes humanísticos, en general, y de la práctica lectora, en particular, provocan continuos desencuentros entre los hombres y los libros. Y esto sucede en países que, como España, ocupan uno de los primeros lugares del mundo en la edición anual de libros, pero en los que el 50% de su población adulta afirma no leer nunca.

Estas sociedades se están empobreciendo culturalmente, dificultando a sus ciudadanos el conocimiento de su propia historia y alejándolos de la lectura y, con ella, de los textos que forman parte de su propio patrimonio. Por ello, quienes tenemos que enseñar literatura debemos ejercer el noble arte del convencimiento, apoyándonos en el caudal de textos escritos de que disponemos (en nuestra lengua desde hace más de ochocientos años), con los que podemos ejemplificar formas de vida anteriores, cambios sociales trascendentes, nuevos conceptos de arte o, incluso, la formación y la evolución del castellano desde su origen hasta la actualidad.

La lectura es un valor en sí misma. El dominio de la lectura y su práctica habitual rebasan el ámbito escolar, al que tendemos siempre a asociarlos, casi en exclusiva. Las personas necesitan la lectura, pero no sólo en lo que ésta tiene de proceso decodificador de símbolos, sino también como medio esencial para adquirir destrezas, actitudes y competencias que le van a resultar imprescindibles para participar en la vida cotidiana y para integrarse, con plenas posibilidades, en el conjunto de la sociedad.

Ahora bien, no todo el mundo tiene las mismas posibilidades de acceder a la lectura, lo que conlleva sensibles diferencias culturales: el deficiente aprendizaje de los mecanismos lecto-escritores, el medio socioeconómico, incluso el entorno geográfico, marcan las posibilidades de acceso a la lectura, favoreciéndolo o dificultándolo. Pero no hay que dramatizar y otorgar a la lectura más efectos beneficiosos de los que, en sí misma, pueda tener. Probablemente, los países más desarrollados y más avanzados, que son los que tienen los índices lectores más altos, no lo son porque lean más, sino al revés, leen más porque están más desarrollados: tienen mejores bibliotecas públicas, el fracaso escolar es más bajo, los índices de escolarización son más altos, hay menos paro, el nivel cultural medio de sus ciudadanos es superior, etc. Es decir, que no es descabellado afirmar que, de algún modo leer es una actividad para la que se precisan un cierto nivel de desarrollo y, sobre todo, de bienestar.

Institucional y políticamente, preocupa en casi todo el mundo la erradicación del analfabetismo; sin embargo, no existe la misma preocupación por mejorar los índices de analfabetismo funcional, como si bastara con el aprendizaje de la lectura y de la escritura para insertarse y desenvolverse, en igualdad de condiciones, en el mundo.

Enseñar a leer y escribir es relativamente fácil, pero no lo es tanto crear y consolidar hábitos lectores. El analfabetismo no se eliminará hasta que todos los que han aprendido a leer lleguen a adquirir un relativo hábito lector, es decir, hasta que hagan uso regular de aquello que ya saben. Si aprender a leer ya requiere un esfuerzo, gozar con la lectura es una tarea larga que precisa mucha paciencia. La expresión “el placer de leer” exige una explicación para evitar que se vacíe de significado: la lectura (esencialmente la lectura de textos literarios) sólo se convierte en placer cuando es activa, creativa y habitual; y para llegar a ello hay que recorrer un largo camino en el que son necesarios el rigor, la soledad, la disciplina y la constancia. El "placer de leer" se hace, pues, poco a poco; y somos los adultos los que tenemos que poner los medios para que los niños puedan llegar a tenerlo un día.

Todos los esfuerzos que hagamos para lograr más y mejores lectores serán pocos. Para los niños tenemos puñados de libros que ofrecerles; en ellos están escritos - guardados para la memoria de los hombres- el sueño y la vigilia, la verdad y la mentira, la amistad y la soledad, el trabajo y la aventura, la fantasía y la realidad, la tierra y el mar, porque como decía Celia, la famosa niña creada para la literatura por Elena Fortún:

A veces lo que sueño creo que es verdad, y lo que me pasa me parece que los he soñado antes... Además, lo que ha pasado no está escrito en ninguna parte y al final se olvida. En cambio, lo que está escrito es como si hubiera pasado siempre...

Dice Fernando Savater (en *La lectura apasionada*. Santander. Universidad de Cantabria, 1996) que:

(...) Algunos habitamos la tierra como lectores y que todo el resto de lo que hacemos es una consecuencia de haber leído o un pretexto para seguir leyendo.

La lectura habitual hace al hombre más crítico y, sobre todo, más libres. Como en los emocionantes versos de Miguel Hernández imaginando la risa de su hijo recién nacido, "(Un libro) me hace libre, / me pone alas. / Soledades me quita, / cárcel me arranca". El ejercicio de la lectura debe ser siempre crítico. La historia, el paso de los

años, como en casi todo, también es implacable con lo escrito: los lectores, con su aprobación o su rechazo, han ido seleccionando y, por tanto, perpetuando lo que más les ha interesado o gustado: la universalidad de la obra de Miguel de Cervantes se la ha dado su *Quijote* y no sus composiciones líricas; de la abundante obra de los místicos españoles hoy valoramos y apreciamos, por encima de cualquier otro texto, los poemas de San Juan de la Cruz; los niños más pequeños se han apropiado de los *Cuentos* populares fijados por escrito en el siglo XVII por el francés Charles Perrault, aunque el autor no pensara en unos lectores de tan pocos años como destinatarios de los mismos, y, sin embargo, los mismos niños se olvidaron muy pronto de las historias de *Flechas* y *Pelayos* que la literatura española “oficial” de los primeros años de la posguerra les dio, expresa y exclusivamente, a ellos.

Una de las principales vías de acceso a la cultura es la capacidad para comprender y expresar correctamente distintos tipos de mensajes. La corrección en el lenguaje, los modelos de lengua, siempre han estado relacionados con la Literatura y, por tanto, con el libro. Conforme va perdiendo fuerza el mundo del libro y, con él, el mundo de la lectura, nuestra lengua se va empobreciendo. Una de las afirmaciones más extendidas de nuestra historia reciente dice que "una imagen vale más de mil palabras"; probablemente, por varias razones, aunque la principal debe ser porque necesitamos bastantes palabras, quién sabe si "mil", para explicar convenientemente una imagen. Pero, quizá, fascinados por el enorme poder de la imagen, olvidamos que, gracias a las palabras, explicamos el significado completo de una imagen. La imagen nos fascina, sobre todo por la rapidez con que la percibimos; la instantaneidad de la imagen contrasta con la lentitud de la lectura. La captación del mensaje de un texto escrito sólo es posible con la ayuda del pensamiento, que se desarrollará de acuerdo a la práctica sistemática de ese ejercicio y a la dificultad que contengan los mensajes. La lectura es, pues, un proceso que ayuda al desarrollo de la inteligencia; sólo de ese modo, el hombre es capaz de explicar su pasado, de comprender su presente y de prepararse para el futuro, con sus sentimientos, sus emociones, sus pasiones, sus miedos, sus obsesiones o sus peculiaridades.

Sólo un lector competente puede manejarse bien en una sociedad que continuamente nos transmite informaciones. Por eso hay que luchar contra el hábito de “no leer” y hay que hacerlo desde diversos frentes: institucional, familiar y escolar.

Institucionalmente, el Estado y las diversas administraciones deben demostrar que “quieren” mejorar los índices lectores de la población; para ello, no basta con medidas tan anecdóticas como poco eficaces: un plúmbeo programa de libros en la segunda cadena de la televisión pública, o carteles con pequeños textos de grandes escritores en los autobuses madrileños, o mensajes especiales para el Día del Libro encargados a autores famosos. Eso no será nada si no se dan las bases necesarias para emprender una verdadera promoción de la lectura: extensión de la red de bibliotecas públicas españolas, mayores presupuestos para la adquisición de fondos bibliográficos, dotación de plazas de bibliotecarios escolares en todos los centros públicos de enseñanza primaria y secundaria, puesta en práctica de campañas institucionales serias y organizadas, en las que se perciba con claridad una elevada valoración social de la lectura. De nada valen las medidas populistas, como la que tomó un ayuntamiento de la provincia de Córdoba, cuyo nombre silenciaremos, en 1997, que acordó sustituir las multas de los jóvenes infractores de tráfico de la localidad por dos horas de lectura obligada.

Quienes enarbolan la defensa del progreso para atacar la lectura olvidan que nunca, en ningún momento de la historia de la humanidad, se ha escrito y se ha publicado, incluso -y a pesar de todo- se ha leído tanto como en los últimos años, aunque también es cierto que nunca la Tierra tuvo tantos millones de habitantes.

Para algunas personas, defender el libro y la lectura en los umbrales del siglo XXI y, en general, defender la lectura y la cultura de lo escrito, es como una vuelta a las cavernas, como si quisiéramos inmolarlos ante el arrollador y devastador paso de las nuevas tecnologías. Hoy estamos viviendo otra gran convulsión con la irrupción de las modernas tecnologías en el mundo editorial. Frente a quienes auguran el final de la cultura del libro ante el incontenible avance de la moderna tecnología de la comunicación, me gustaría creer en la coexistencia de dos mundos que son compatibles y no excluyentes. Los modernos medios nos hacen ganar en cantidad, variedad y rapidez de información y de comunicación, pero, a cambio, nos empobrecen cultural y lingüísticamente, tanto en la comunicación cotidiana como en la institucional (política, escolar, periodística, universitaria, etc.), lo que es, sin duda, inadmisibles. Cuando la imprenta se impuso a los anteriores procedimientos de impresión citados, ello no conllevó que, a partir de ese momento, se supieran menos cosas, se escribiera

incorrectamente, se hablara peor o se dejaran de valorar saberes o conocimientos básicos. En cambio, que todo debe decirse, algunos de esos nuevos medios han contribuido a aumentar la práctica escritora de nuestros jóvenes, aunque sea mediante el envío de breves mensajes a través del correo electrónico o de los teléfonos móviles.

José Antonio Marina dice que huir de la lectura es:

Huir del argumento, de la razón, de la claridad, del análisis, de la capacidad de crítica. Es, en último término, abdicar de la libertad. La ignorancia es iletrada. Esto conviene repetirlo en un momento en que estamos a punto de naufragar en la fascinación de las redes. Quien piense que conectarse con internet supone algún progreso o entraña algún aumento de conocimiento es un memo tecnológico. En la red se encuentra sólo lo que se sabe leer.

Efectivamente, en el mundo actual es cada día más importante el aprendizaje, y quien más aprende es, se quiera reconocer o no, quien más lee y quien mejor lee.

El libro, en su formato actual, convivirá con otros formatos y sus contenidos no desaparecerán, porque es una parte de la humanidad, de la que ésta no podrá desprenderse, ya que nunca podrá desprenderse de su necesidad de contar y de contarse historias. El mundo, desde sus orígenes, nos ha ofrecido continuos ejemplos de la necesidad que el hombre ha tenido de comunicar mensajes a los demás hombres: desde las pinturas rupestres hasta la televisión por satélite, pasando por las inscripciones romanas, los pliegos de cordel medievales, la fotografía, el teletipo, el teléfono, internet, o, por supuesto, el libro; todos ellos, y muchos otros, han sido vehículos que permitieron -y que permiten- la comunicación de ideas, de historias, de noticias o de sentimientos. Pero la cultura del libro nos ha permitido que hoy, ahora mismo, podamos disfrutar, reír, emocionarnos, llorar, pensar, sentir o soñar con textos de muy distinto tipo. Sin los libros hoy no podríamos saber por qué en el siglo XIV el Arcipreste de Hita escribía en primera persona picantes aventuras de amor impropias de su condición de clérigo; ni cuáles fueron las razones por las que Cervantes dedicó casi todo su talento creativo a componer novelas, un género que, en su época, no aportaba ni dinero ni prestigio; o por qué los artistas europeos de la primera mitad del siglo XIX, los románticos, reaccionaron con fuerza contra la forma de entender el arte de los "ilustrados" del siglo anterior; o cómo la prensa contribuyó en su momento a que el sufragio universal fuera un derecho irrenunciable de los ciudadanos; o la función social que desempeñaron Unamuno y sus coetáneos generacionales al denunciar el estado de crisis espiritual e

ideológica de la España del 98; o por qué hay que preservar todo lo que nos da la vida para no convertir nuestro mundo en *Un mundo que agoniza*, como advierte Miguel Delibes; o cómo vive, siente y piensa un niño (*Manolito Gafotas*), que será adulto en el siglo XXI, vecino de un barrio popular de una gran ciudad española.

A las sociedades desarrolladas sólo les parece interesante lo inmediato, lo nuevo, lo momentáneo, y lo demuestran de una manera compulsiva. Un reto del nuevo milenio debiera ser la conservación y el cuidado de los conocimientos adquiridos por el hombre a lo largo del tiempo, así como de la memoria y de las tradiciones. El presente sólo se puede explicar por medio del pasado y éste, sin la memoria, no es nada.

Pero el futuro pasa por muchas más cosas, algunas tan obvias que las ocultamos: el cese de la violencia, el fin de la devastación de espacios naturales y el progresivo acortamiento de las distancias que separan el mundo desarrollado del mundo subdesarrollado. Y en lo que a la lectura se refiere, el futuro debe ofrecernos una proximidad mayor entre el mundo de quienes tenemos libros, ordenadores y teléfonos y el mundo de quienes se mueren de hambre.